

é Irlanda quedaron sometidas; las libertades civiles, políticas y religiosas aseguradas por el perfecto acuerdo entre el trono y el parlamento; el *test* religioso y el tráfico de esclavos¹ abolidos y fundado el poder comercial, marítimo y colonial de Inglaterra. “Después de Dios, dice Macaulay, á cuya voluntad se levantan ó sucumben las naciones, es al *long parliament*, á la convención y á Guillermo de Orange á quienes debemos la eficacia de nuestras leyes, la paz del reino, la seguridad de las propiedades y la dicha de nuestras familias.”

¹ Hasta entonces había sido costumbre vender para los trabajos de las plantaciones de América, á los prisioneros y á algunos reos políticos. De diez mil escoceses que quedaron prisioneros en la batalla de Worcester, Cromwell vendió á todos los que sanaron de sus heridas, y durante la restauración fueron embarcados para las colonias y vendidos como esclavos no pocos ingleses, escoceses ó irlandeses.

Tres sucesos fundamentales descuellan en la historia de la Gran Bretaña, subordinando á su influencia todos los actos del pueblo inglés y orientándolo en el camino de su prosperidad: el sistema parlamentario, la ocupación de la América del norte y el reinado de Guillermo III, y, por una rara coincidencia, esos tres acontecimientos los debe Inglaterra á tres hijos adoptivos: al francés Simón de Montfort, al italiano Juan Cabot y al holandés Guillermo de Orange.

Después de la revolución Jacobo II intentó reconquistar en Irlanda la corona. En esa lucha, la abnegación y el valor de los jefes franceses y holandeses, que combatieron en uno ó en otro partido, aun hoy es legendaria. Schomberg acabó su gloriosa carrera en la batalla de la Boyne con una muerte heroica; Caillemot, á la

cabeza de los refugiados franceses, decidió la victoria; Rosen dirigió, como general, el sitio de Londonderry; Lauzun salvó á la infantería irlandesa de una destrucción total; el general Saint Ruth murió en el combate de Aghrim y el holandés Bentic, que comenzó su carrera como page del stathouder y después fué primer duque de Portland, par y embajador inglés en Francia, probó en esa campaña la alta competencia y la fidelidad de que en lo sucesivo tantas pruebas dió á su patria de adopción.

Como siempre, los irlandeses sucumbieron; pero esta vez hallaron al capitular un homenaje rendido á su valor, y lejos de ver, como en tiempo de Cromwell, sus guarniciones pasadas á cuchillo y sus hijas vendidas como esclavas á las plantaciones de Jamaica, obtuvieron del vence-

dor libertades para su culto y seguridades para sus personas y propiedades.¹

En recompensa de grandes servicios, Van Keppel, holandés naturalizado en Inglaterra, recibió el título de conde de Albemarle y los más altos honores; el conde René de Montalembert, par y embajador de Francia, fué oficial del estado mayor británico en 1799; Leopoldo de Saxe-Cobourg² sirvió, como general, en Rusia y después en Inglaterra, donde se naturalizó en 1816, y Polydore de Keyser, nacido en Bélgica é hijo de un comerciante belga, en 1888 fué electo *lord-maire* de Londres.

¹ Diez mil irlandeses salieron, sin embargo, de su país y formaron en Francia la *brigada irlandesa*, que tanto se distinguió al servicio de Luis XIV. Según datos oficiales, más de 450.000 irlandeses murieron al servicio de Francia de 1691 á 1745.

² Nacido en Cobourg.

Una de las obras más notables de este siglo, el tunel construido bajo el Támesis, lo debe Londres á un ingeniero francés naturalizado en Inglaterra, á Marc-Isambert Brunel,¹ que fué presidente de la Real Sociedad de Londres; Sir William Bazalgette, ingeniero de igual origen, ha dotado á la capital inglesa de la mayor parte de sus muelles, de su admirable desagüe y ha perfeccionado todos los trabajos de este género; el más célebre de los astrónomos ingleses, venerado como una gloria nacional, William Herschel, nació en Hannover y fué hijo de un músico alemán; el historiador Rapin Thoyras era francés de origen, suizo el publicista De-

¹ Brunel nació en Hacqueville, departamento del Eure, en 1769. Emigró en 1793 y construyó el tunel de 1824 á 1842. Su hijo Isambard-Kingdom, entre otros trabajos considerables, construyó el enorme buque designado con los nombres de *Leviathan* y de *Great-Eastern*.

lolme, holandés Mandeville, húngaro el orientalista Leitner, italianos el bibliófilo Panizzi y el economista Levi, griego el novelista Hamilton Aidé y alemán el sabio profesor de Oxford Max Müller.

Con los monges-arquitectos normandos que acompañaron á Guillermo el Conquistador pasó el estrecho la arquitectura romana, y con el francés Guillermo de Sens, que en 1174 trazó los planos de la catedral de Canterbury, penetró en la Gran Bretaña el arte gótico que, desde su cuna de la *ile-de-France*, se había extendido por Alemania y los países escandinavos como la más grandiosa expresión del entusiasmo religioso.

Pinceles extranjeros decoraron, durante cerca de cuatro siglos, los palacios de los reyes y las residencias señoriales; transmitieron á la posteridad las facciones de

personajes de renombre en la historia nacional y crearon la tradición de arte que más tarde recogieron los pintores indígenas. Guilielmo, Cavalini, Jerónimo di Trevisi, Antonio Tito, Bartolomeo Penni, Tito del Nuntiato, Federico Zuccari, Petruccio Ubaldini y Antonio Vario; Johannes Corvus, Horrebout, Cornelis, Hans Holbein, Bernard, Willems, de More, Van Cleeves, de Heere, Ketel, Gérard, Vroom, Van Sommer, Mytens, Rubens, Diepenbeck, Van Dyck, Poelenbourg, Van der Heyden, Van Huysum, Van Zoust, Vandavelde, Van der Meulen y Vanloo; Peter Lely, Kneller, Nestcher, Vosterman y Denner; Le Moyne, Dumoulin, Lefèvre, Rousseau, de la Fosse, Largillière, Monnoyer, Pugin y Laguerre fueron, entre los pintores italianos, holandeses, flamencos, alemanes y franceses establecidos en-

tonces en el Reino Unido, los que dejaron más brillante huella en la historia del arte inglés. Y hoy mismo figuran en la *Royal Academy*, y sobresalen como representantes de la pintura nacional, hijos adoptivos de la Gran Bretaña tan eminentes como los alemanes Herkommer y Carl Haag, el español Felipe Calderón y el holandés Alma Tadema.

Como la arquitectura y la pintura, las demás artes llegaron con hombres de diverso origen que las propagaron en el suelo británico donde algunas de ellas, modificadas en sus procedimientos, no tardaron en convertirse en fuentes de riqueza comercial. El italiano Pietro Cavalini fundió las primeras estatuas de bronce y levantó los monumentos de Enrique III y de Eduardo el Confesor; artistas griegos dieron á conocer el esmalte; obreros de

Lorena se contrataron en 1568 para "ir á Inglaterra á fabricar el vidrio y á enseñar su industria;" la tapicería la llevaron cincuenta tapiceros de Flandes que Jacobo I estableció en Mortlake con una subvención, y obreros franceses que, un siglo más tarde, contrató el loreno Norbert-Parisot para fundar la fábrica de Exeter; el grabado, que tanta perfección material adquirió después, lo introdujeron los alemanes Hollar y Roberto de Baviera y los franceses Vivarés y Louthembourg, y si el primer libro publicado en Inglaterra lo imprimió en 1481 un obrero inglés, que había aprendido la tipografía en Colonia, el perfeccionamiento de este arte: viñetas, grabados y adornos, fué obra del florentino Bartolozzi, del francés Gravelot y de los artistas que el editor Boydell hizo venir de Francia en el siglo XVIII.

Inglaterra sabe lo que debe á esa inmigración benéfica de hombres instruidos y laboriosos que la sostuvieron en su lucha por la libertad, la ayudaron á extender su imperio y aumentaron la fortuna pública iniciándola en los secretos del arte y de la industria. Y cuando espíritus enloquecidos por la ignorancia ó debilitados por el egoísmo, la inducen á seguir un reciente ejemplo y á oponer barreras¹ á las hordas de inmigrantes sin recursos que desembarcan en sus puertos, la nación, que no olvida lo pasado, en esas hordas sin pan y sin trabajo reconoce á los descendientes de aquellas otras hordas que,

¹ Lejos de eso, el *bill* de 1870 aumentando las facilidades para obtener la naturalización, confirmando la identidad de derechos entre indígenas y naturalizados y admitiendo un nuevo principio: la facultad de expatriarse, ha rejuvenecido la legislación conservando intactas las antiguas leyes y costumbres.

durante siglos, le llevaron el germen fecundo de la civilización continental.

Entonces no esperaban los reyes la llegada voluntaria de esos miserables. Eduardo III iba á buscarlos á las covachas de Gante, donde se alimentaban con arenques, para ofrecerles "que comerían carne de buey y de carnero á discreción, que sus camas serían buenas, sus compañeras hermosas y que los *yeomen* se disputarían el honor de casarse con sus hijas"¹ si iban á enseñar en el Lancashire y en Londres la manera de tejer, teñir y batanar la lana. De Ricardo II á Enrique VIII casi no hubo soberano que no provocara la inmigración de obreros expulsados del suelo natal por las privaciones ó la miseria: armeros, cerveceros, mineros

¹ Th. Fuller.

y hasta jardineros y hortelanos del continente recibieron empleos, fuertes salarios, cuanto pidieron por enseñar sus oficios y dirigir los primeros pasos de la industria y de la horticultura.¹ Isabel halló en los refugiados flamencos que huían de las persecuciones de Felipe II, maestros para la fabricación de diversas telas y el aprendizaje de otras industrias aun desconocidas en la Gran Bretaña, y ellos fueron los primeros que transformaron las tiendas de Londres en almacenes vastos y lujosos.² Con la protección de la reina,

¹ Las primeras frutas y legumbres las cultivó en Inglaterra un jardinero que Enrique VIII, instado por Catalina de Aragón, hizo venir de los Países Bajos.

² Entonces comenzaron á usarse los carruajes. Isabel, en los primeros años de su reinado, iba á las ceremonias públicas en grupa del caballo que montaba un chambelán, y en 1561 recibió de regalo el primer par de medias de seda que hubo en Inglaterra. Las casas, hasta entonces de madera y paja, empezaron á construirse de ladrillo.

en las principales ciudades establecieron fundiciones, herrerías y talleres; obreros de Amberes y de París fabricaron el paño y especialistas de Valenciennes sus maravillosos encajes. Protestantes wallones introdujeron en el condado de Kemt el cultivo del lúpulo y artesanos franceses cincelaron los metales preciosos, y vulgarizaron la fabricación de cuchillos y el ajuste de instrumentos de precisión. Carlos I aceptó el invento del francés Briot y lo nombró grabador en jefe de la Moneda; instaló en Yarmouth á holandeses que enseñaron la manera de conservar el arenque y en Newcastle á profesores de Lieja, notables en el arte de forjar la espada. Y después de 1685 ¡qué lluvia de beneficios! De orillas del Ródano y del Sena, de Amiens, de Doullens, de Abbeville, Tours y Lyon parten

los hugonotes para los puertos británicos, poniendo á disposición de la tierra que les da asilo la inteligencia y la actividad de una inmigración numerosa y civilizadora.

Tantos servicios acumulados desde tiempo inmemorial han formado la tradición que, verdadera soberana en Inglaterra, ha dado principios seculares á las leyes y convicciones inviolables al pueblo, y unos y otras han arraigado en el alma nacional ese sentimiento noble y hospitalario, que hace de la Gran Bretaña la protectora generosa de todos los proscritos.